

Roberto Páez Constenla*

LIMA, GUAYAQUIL Y LA SERENA COLONIAL: BEBIDAS Y SEDUCCIÓN EN LA LITERATURA DE VIAJES DE JULIÁN MELLET (1808-1820)¹

INTRODUCCIÓN

El estudio del galanteo, seducción y enamoramiento, como temáticas relativas a la historia social y de las mentalidades en la América Colonial, ha recibido la atención de varios estudiosos. Dicha realidad ha sido enfocada desde diversas perspectivas y fuentes, que incluyen desde el amparo de la Real Pragmática de 1776, para evitar el casamiento de un noble con una mestiza embarazada en Quito⁽¹⁾, las

* Universidad de La Serena.

¹ El autor agradece el apoyo a la *Dirección de Investigación de la Universidad de La Serena*, para concluir este trabajo. Una primera versión fue presentada al Ciclo de Conferencias del *Centro Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos*, (C.I.E.L.) de la misma Universidad, en Octubre de 1997.

(1) Christian Büschges "Las Leyes del honor. Honor y estratificación social en el Distrito de la Audiencia de Quito (Siglo XVIII)", *Revista de Indias*, págs. 55 - 84, vol. LVII, núm. 209, 1997.

relaciones entre amos, esclavas y sirvientes en Lima⁽²⁾, la vida de las mujeres forasteras en la Villa Imperial de Potosí⁽³⁾ a los casos de amancebamiento en el Corregimiento de Coquimbo del Reino de Chile⁽⁴⁾. Sin embargo, aun pueden aportarse nuevos conocimientos o reflexiones, a partir de una fuente tradicional. Nos referimos al libro de Julián Mellet: *Viajes por el interior de la América Meridional (1808-1820)*⁽⁵⁾.

Diversos viajeros europeos recorrieron extensamente el territorio americano, sobre todo a fines del período colonial y al inicio de la república. El testimonio de un observador ajeno al lugar, permite acercarse a la realidad de una época y lugar, pero vista y sentida con la mentalidad distinta al ciudadano.

Julián Mellet no sólo fue un observador de las sociedades americanas, sino también un participante, tanto por los diversos negocios que realizó y su activa vida social en los lugares visitados. La anotación sobre las costumbres culturales en La Serena, Lima y Guayaquil, y sus comentarios acerca del galanteo, bebidas y seducción, en los mismos lugares, permiten acercarse desde la perspectiva de un extranjero, a un mundo que transcurría entre fines de la Colonia a la etapa independentista. Conocer algunos aspectos de la vida social de Hispanoamérica a partir del testimonio de Julián Mellet, es la finalidad de este artículo.

LIMA

Desde su llegada a Montevideo en 1808, el joven comerciante inició un dilatado viaje que lo llevó a recorrer Buenos Aires, Paraguay, las costas del Pacífico y posteriormente el Caribe. Un largo recorrido que realizó en un periodo de doce años.

Su paso por las tierras del Virreinato del Perú en 1815 y su estadía en la capital, Lima, le causaron viva impresión, calificándola de

-
- (2) Carlos Aguirre "Patrones, esclavos y sirvientes domésticos en Lima (1800 - 1860)", págs. 401 - 422, en *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, P. Gonzalbo y C. Rabell, Coordinadores, El Colegio de México, UNAM, 1996.
 - (3) "Historia de la Villa Imperial de Potosí", Bartolomé Arzáns de Orsua y Vela, págs CLXV - CLXIX. Presentación de Lewis Hanke y Gunnar Mendoza, Brown University Press, 1965.
 - (4) Jorge Pinto R. *La Serena Colonial*, Edic. Universitarias de Valparaíso, U. Católica, 1983.
 - (5) Hemos utilizado la edición de 1959, traducida de la segunda edición francesa de 1824, por la Editorial del Pacífico, Santiago, Chile.

“grande, magnífica y célebre ciudad de América Meridional”⁽⁶⁾ Después de una serie de consideraciones sobre el comercio, la arquitectura y la vida social, se detiene en la observación del sexo femenino, tema que generalmente retuvo su atención en los lugares que visitaba.

De acuerdo a sus anotaciones, las damas de la época continuaban practicando una costumbre y moda vestimentaria, cuya difusión en México y el Perú, se había extendido desde el Siglo XVI⁽⁷⁾ y se prolongó en La Serena, Capitanía General de Chile, hasta más allá de la Independencia⁽⁸⁾. Si bien, Mellet no menciona a las *tapadas*, ésta fue la denominación muy común para referirse a la modalidad femenina de ocultarse casi completamente el rostro, dejando ver solamente los ojos. El mismo Mellet describe dicha costumbre en Lima, al señalar:

“La saya y el manto, así nombrados en el país, y cuyo conjunto parece formar un hábito de religiosa, ocultan todos sus defectos e impiden distinguir ninguna de sus facciones: el manto oculta toda la figura y no deja ver más que los ojos; a menudo los maridos no reconocen a sus mujeres más que en el modo de andar, aún cuando muchas veces lo disfrazan”⁽⁹⁾.

De sus observaciones emergen aspectos relativos al carácter, afirmando que las limeñas eran generalmente afables y que además de elegantes en el vestir, gustaban de tomar refrescos. El viajero no generaliza sobre las mujeres que cortejó, pero asegura que algunas aceptaban las galanterías masculinas, con cierta preferencia a los extranjeros.

Julián Mellet se convierte de observador en participante. Aprovechando su condición de extranjero, relata que en la época las mujeres gustaban mucho de la chicha⁽¹⁰⁾, agregando que “El bello sexo es en general apasionado por el juego, las bebidas fuertes y el tabaco de fumar”⁽¹¹⁾.

(6) Ob. cit. pág. 118.

(7) Rolando Mellafe “Las Tapadas y los tapados” en *Formas de sociabilidad en Chile (1840-1940)*, págs. 225-236, Fundación Mario Góngora, Edit. Vivaria, 1992, Santiago, Chile.

(8) Ignacio Domeyko *Mis Viajes*, Vol. 1. pág. 367, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago.

(9) Ob. cit., pág. 121.

(10) Ibid. pág. 123

(11) Ibid. pág. 123

En un párrafo revelador, indica sin ambigüedades, una fórmula de galanteo asociada a las bebidas alcohólicas:

“Desde luego una de las primeras invitaciones que se les debe hacer es a tomar *chicha*, bebida digestiva (...) y que expendese en unas especies de tabernas llamadas *picanterías*; toman ahí cosas en extremo fuertes como pimienta, cebollas, ajos, etc., mezclados en forma de salsa que se sirve de aderezo al pescado o carne, lo que excita el apetito y la sed. Aunque el pan es abundante, para comer esos guisos picantes, usan ordinariamente *recado* que hace las veces de pan, compuesto de raíz de batata, mandioca y plátano que en general estas damas aprecian mucho” (12).

Las invitaciones no terminaban en las Picanterías, existían otros locales públicos en la Lima virreinal, donde se concluían las conquistas:

“Al salir de la Picantería necesariamente es preciso llevarlas a las Fondas que es una hostería, en donde hay, la verdad, todo lo que puede satisfacer el gusto, pero a un precio excesivo, y cuya cocina es más buscada”(13).

Sin embargo, las relaciones con ciertas damas podían ser peligrosas, confesando el tipo de situaciones a las que se podía ver envuelto un varón:

“Se sabe bien que al acompañar a una dama, se resarce de los gastos que ha ocasionado; no son difíciles, a menos que el caballero no haya cumplido a su manera, las atenciones que ellas creen que obliga la cortesía. En la mayor parte de las mujeres es costumbre llevar en sus ligas un puñalito o navaja de afeitar, las que emplean cuando se imagina que el hombre les falta y para obligarlos a pagar lo que ellas quieren”(14).

Al comparar el testimonio de Mellet con otras fuentes de la época, puede asegurarse que el protagonista visitó ciertos barrios y locales públicos, que de ninguna manera eran la generalidad de la capital. Al igual que sus mujeres, las técnicas del galanteo, seducción, y consumo de bebidas, sólo mostraban una parte del complejo mundo urbano y social de Lima. Dicha realidad se caracterizaba por una estructura rígida, donde se acentuaba la condición de peninsular, criollo,

(12) Ibid. pág. 121

(13) Ibid. pág. 122

(14) Ibid. pág. 122

indígena y castas, cuya sociabilidad y matrimonios conservaban las diferencias de unos grupos respecto a otros.

Mellet alude a los tipos de bebidas y comidas, que se ofrecían en locales públicos muy frecuentados por mestizos, indígenas y castas, mientras que otros más acomodados acudían a las Posadas, Tabernas y Cafeterías⁽¹⁵⁾. El mismo viajero hace una distinción, al señalar que en el verano, los habitantes de Lima se iban a la aldea de Buena Vista, a un cuarto de legua del mar, donde se encontraban Hoteles, Cafés y Juegos⁽¹⁶⁾. Pero, no siempre al acudir a ciertos lugares de la ciudad, las diferencias parecen haber sido muy ostensibles, salvo los que tenían derecho a colocar negocios. De acuerdo a una historiadora, en 1786 el gremio de los pulperos, reunía a individuos que habían solicitado licencias al Cabildo para instalar Pulperías, Bodegas, Cafés y Alojerías⁽¹⁷⁾. Y entre las ordenanzas, se excluía a los que deseaban instalar dichos locales, especialmente si habían sido procesados o tenían condición de negros, zambos, mulatos y esclavos⁽¹⁸⁾.

La difusión de los Cafés en Lima comenzó en 1771, diferenciándose de otros negocios por la existencia de mesas de billar y de trucos⁽¹⁹⁾. En cambio, las viejas Pulperías y diversos locales que conoció Mellet, eran más antiguos; en ellos se daba almuerzo, comida y cena, mientras que en las Tabernas: pan y vino. Sin embargo, la variedad gastronómica de éstas últimas era más amplia, de acuerdo al viajero.

Durante los años finales de la Colonia, las Pulperías continuaron siendo importantes, así como las había descrito Eugenio Teralla y Landa. El artista en sus romances de 1797, establece diferencias entre los distintos locales de venta de comida, alimentos y bebidas, atendidos generalmente por españoles y donde acudían diversos trabajadores y empleados domésticos:

“Que hallas muchas pulperías,
Tambos, chinganas y puestos,
Cocinerías, serranos,
Mulas, gentes y arrieros.

(15) Rafael García "Los Tambos en el Perú", Cultura, 10, págs. 222 - 227, 1996, Universidad de San Martín de Porres, Lima.

(16) Ob. cit. pág. 126.

(17) Rosario Olivas Weston *La cocina en el Virreinato del Perú*, pág. 161, Impresiones Danik, 1996, Lima, Perú. Agradezco a la investigadora el acceso a un ejemplar de la edición.

(18) R. Olivas, ob. cit., pág. 161.

(19) Ibid., pág. 165.

Verás surtidas bodegas
Que son refugio del pueblo
Pero también son escobas
Que barren todo el dinero
Verás allí despachando
Andaluces y gallegos
Montañesco y criollo
Aunque muy poco de estos.

Verás que su común trato
Es con negra y negro,
Y esclavos de casas grandes,
Que van por el surtimiento.

Verás en aqueste trato
Un particular comercio
De mitades, de poquitos,
Cuartillos, señas y medios.

Verás por una mitad
Cómo al infeliz pulpero
Por la mitad de la cara
Le suelta un oprobio un negro.

Verás como regatea
Un poquito más de aquello
Porque una mitad le quede
Para calentar el cuerpo.
Verás como aquel poquito
No lo lastra nunca el dueño
De la casa; pues lo paga
El que es corto, y entró luego⁽²⁰⁾ .

El hecho que Mellet afirme en otra parte de su relato, “que cada dos o tres días vienen a cuidar los encantos de las damitas”, revela a un viajero frecuentando a un tipo de mujer que comerciaba con el sexo. Igualmente, ciertos locales públicos, no eran espacios seguros donde reinara un ambiente de tranquilidad. Un historiador, a través de la revisión de causas criminales en archivos locales y noticias periodísticas de *El Telégrafo de Lima*, señala varios casos entre 1829 y 1850, ocurridos justamente en algunas Pulperías y Chinganas limeñas. Allí se suscitaban “tumultos de pedradas” a raíz del juego frecuente. Se las

(20) Ibid., pág. 163.

tachaba de ser “madrigueras de ladrones y gente perdida”, donde acudían pardos libres, esclavos y artesanos. Esto se ilustra en el caso de cuatro mujeres que bebían y se divertían en una Chingana con sus respectivas parejas: un balancinero, un zapatero, un pulpero y un cabo de policía; reunión que acabó cuando Francisca Romero, china libre, resultó herida de navaja⁽²¹⁾.

Las anotaciones de Mellet en 1815, sobre Hoteles, Cafés y Juegos en Buena Vista, agregan que allí se ofrecían toda clase de placeres y diversiones⁽²²⁾. Al referirse al juego, afirma que era extremadamente grande y “hay bancas de un millón de francos y no se ve más que oro en las mesas”⁽²³⁾. Si bien, los que acudían a Buena Vista, tenían una buena situación económica, las fuentes derivadas de causas criminales en años posteriores, revelan quiénes acudían a las casas de juego en el interior de Lima. Una noticia de 1829, evidencia que no sólo la plebe acudía a ellos, sino más gente de la sospechada. En dicho año, fueron detenidos en una casa de juego: 5 religiosos franciscanos y 3 seculares, 2 desertores del Escuadrón de Policía, 2 miembros de la Milicia Cívica, 1 del Regimiento de Huampaní, otro del Cuerpo de Inválidos, uno de la Compañía de Playeros, un miembro de la Contaduría General y 2 esclavos⁽²⁴⁾.

En síntesis, más que los frecuentes galanteos y estrategias de seducción en las interacciones privadas de las familias de elite, Mellet habla más bien, de la vida en lugares de sociabilidad pública. Su testimonio personal, al igual que las infracciones a la ley, prueban que diversos segmentos sociales acudían a las Chinganas, Tambos, Callejones, Pulperías, Casas de Juegos y participaban en fiestas y diversiones⁽²⁵⁾.

Finalmente, para Mellet, el galanteo y la seducción se asocian a una bebida dulce: la chicha. Pero en Lima se consumía también, un porcentaje del aguardiente de uva que se enviaba al extranjero⁽²⁶⁾. Agregándose el vino, el ponche de huevo, la horchata y la “sangría”,

(21) Carlos Aguirre *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud (1841-1854)*, págs. 175-176, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993, Lima, Perú.

(22) Julián Mellet, ob. cit., pág. 126.

(23) Ibid., pág. 126.

(24) C. Aguirre, ob., cit., págs. 176-177.

(25) Ibid., pág. 177.

(26) Ibid. pág. 39.

bebida, que le sirvió a Mellet en sus andanzas por La Serena. A estas bebidas, una historiadora agrega la limonada, pero se aprecia en general una preferencia por las bebidas y combinaciones dulces. La misma especialista, cita el romance de Terralla y Landa de 1797, sobre las bebidas y golosinas consumidas en los Cafés limeños:

“Una (niña) de ellas pide helados,
Otra vino y bizcochuelos,
El padre pide sangría,
El doctor ponche de huevos,

El colegial limonada
Orchata quiere el minero.
Barquillo quiere el vecino
La primita dulces secos”⁽²⁷⁾ .

GUAYAQUIL

Después de recorrer una serie de villas y ciudades en la costa norte del Perú, Mellet visitó el principal puerto de la Real Audiencia de Quito: Guayaquil. Al igual que en Lima, describe las características físicas y económicas de la ciudad, así como también las costumbres de sus habitantes. Admirando siempre el tipo de mujer en cada lugar, hace referencia al vestuario y la moda, afirmando:

“Es preciso confesar que, en general, son hermosas, y visten con mucho gusto. Su tocado de cabeza, es decir, de las de primera clase, consiste en sombrero muy fino que les sienta a maravilla; se asemeja por su forma a los que los hombres usan en Europa, y por mejor decir, en Francia; estan adornados con perlas, cadenas de oro, trenzas de plata, cintas y penachos como los de las mujeres de Lima. No haré la descripción del resto de su tocado: es análogo a la riqueza de los sombreros”⁽²⁸⁾ .

Si bien, en otra parte del libro, hace mención a las importantes exportaciones del cacao hacia otros lugares de América, no deja de nombrar una bebida derivada de la caña de azúcar, aludiendo a la producción de ron⁽²⁹⁾ . Tampoco deja de mencionar la amplia diversidad de jugos naturales, producto de las frutas tropicales. Entre ellas, destaca

(27) R. Olivas, ob. cit., págs. 191-192.

(28) J. Mellet, ob. cit., págs. 174-175.

(29) Ibid., Pág. 179.

la piña; “a mi parecer, es superior a todas las demás por su bondad (..) y lo que contiene es dulce, jugoso, realzado por una pequeña acidez y un perfume tan agradable como el de la fresa”⁽³⁰⁾. Una opinión similar, la anotará en 1826 el viajero Gabriel Lafond de Lurcy, al nombrar como refrescos, a “las papayas, naranjas, bananas de un tamaño desmesurado, aguacates, zapotes, melones, chirimoyas, guayabas, granadas, granadillas, etc., a cual más deliciosa y que proporcionan los jugos más delicados y refrescantes”⁽³¹⁾.

Para Guayaquil, es de interés contrastar el testimonio de Gabriel Lafond de Lurcy y Julián Mellet, sobre las impresiones que tuvieron de la mujer ecuatoriana. Ella es la que acapara una atención especial en la mente de ambos observadores, intención que demuestra el deseo de no sustraerse al mundo femenino.

Así, Gabriel Lafond de Lurcy, indica con detalles:

“Las mujeres de Guayaquil tienen una conversación de las más agradables; la regularidad de sus rasgos, la nobleza de su porte y, sobre todo, la suavidad de su tez aterciopelada, las distinguen entre todas las mujeres que habitan las diferentes regiones de América del Sur, y la alegría de su carácter aumenta todavía más la fuerza de su belleza, a la que rinden homenaje todos los viajeros que visitan Guayaquil”⁽³²⁾.

Agregando, más adelante:

“La mujer de Guayaquil se parece a todas las mujeres de la América española; pero, se distinguen de ellas por una soltura muy particular, por una gracia de porte... por esta dignidad exterior que resulta casi siempre de la buena opinión que nunca falta a las damas de Guayaquil. La Guayaquileña algo tiene de la leona parisiense excepto la diferencia de hábitos y de costumbres”⁽³³⁾.

Por último, las anotaciones de Mellet, llevan a comparar los galanteos guayaquileños, a los anteriores efectuados en Lima. De acuerdo a sus confesiones, la sociabilidad la practicó en lugares públicos

(30) Ibid., Pág. 177.

(31) Dario Lara *Viaje de Gabriel Lafond de Lurcy de Guayaquil a Quito (1826)*, pág. 270, Cultura, Vol. IX, número 26, Septiembre-Diciembre, 1986, Banco Central del Ecuador, Quito.

(32) Ibid. pág. 269.

(33) Ibid. pág. 269.

y con un determinado tipo de mujer. No sin razón, éstas también, usaban la navaja, pero a su juicio, eran menos peligrosas:

“Aunque las mujeres de Guayaquil están llenas de presunción y tienen desmesurada inclinación por los excesos, la bebida y el tabaco, no tratan de engañar como las de Lima; no usan puñal en la media para servirse de él en caso de necesidad, aunque el uso de la navaja de afeitar sea igual; pero, en fin a pesar de su excesiva vanidad y lo irregular de sus costumbres son muy preferibles a las de Lima y no son tan perversas como éstas”⁽³⁴⁾.

Como manifestábamos anteriormente, junto a la producción del cacao y el abundante aguardiente de caña, Mellet pone énfasis en el consumo de ron; bebida que participaba en los galanteos de la Real Audiencia. Aunque, como indica Andrés Baleato en 1820, los guayaquileños también importaban aguardiente de uva y vinos españoles, así como vinos desde el Perú y Chile⁽³⁵⁾.

LA SERENA

La villa de San Bartolomé de La Serena, perteneciente al Corregimiento de Coquimbo en el norte de la Capitanía General de Chile, también fue objeto de su visita. Sin embargo, estuvo en 1814, antes que en Lima y Guayaquil. Un año difícil para el viajero, ya que lo sorprendió la campaña de reconquista española. Después de restablecerse el gobierno español en Santiago, capital del Reino, vino a ocupar la plaza de La Serena el coronel Ildefonso de Elorriaga⁽³⁶⁾. En dicho año, Mellet fue apresado y remitido en calidad de reo con otros extranjeros a Valparaíso, principal puerto de la costa central⁽³⁷⁾.

Al describir a La Serena, aplica criterios similares a los utilizados en las ciudades del Atlántico y del Pacífico americano. En relación a La Serena, valora las lúcumas, naranjas, limones y aceitunas que se producían en la zona, así como el consumo de yerba mate importada. Concluye, dando una caracterización de las viviendas y la distribución

(34) J. Mellet, ob. cit., pág. 175.

(35) Andrés Baleato "Monografía de Guayaquil", págs. 298-299, en *La economía colonial. Relaciones socio-económicas de la Real Audiencia de Quito*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1984.

(36) Manuel Concha *Crónica de La Serena*, pág. 436, Universidad de La Serena, Edit. Universitaria, Santiago, 1979.

(37) J. Mellet, Ob. cit., pág. 94.

de sus piezas interiores, destacando los salones; sitios de reunión familiar y de sociabilidad para con los invitados.

El tema de la mujer no podía faltar en su paso por la ciudad, asegurando respecto a las serenenses:

“Las mujeres particularmente, son encantadoras y usan ampliamente afeites, aunque sin necesidad; son de carácter muy alegre y aman apasionadamente el baile, la guitarra y el canto, talentos que perfectamente poseen”⁽³⁸⁾.

Otra impresión de Mellet, que sirve para considerar la relación de galanteo entre los sexos, es la atracción de la mujer colonial por los extranjeros. Esta opinión, si se confronta con otros testimonios, bien puede ilustrar otra costumbre no tan poco usual en la época:

“Tiene marcada inclinación por lo europeos, de los que fácilmente se apasionan, y consideran el colmo de la felicidad poder cautivar alguno”⁽³⁹⁾.

Respecto a las bebidas y la seducción, probablemente el viajero debió efectuar más de alguna conquista local. Un párrafo del libro es claro en anotar, cuál era la bebida preferida para acercarse al sexo opuesto, con intenciones definidas:

“En esta ciudad se hace uso de la Sangría, bebida hecha con vino, agua, a lo que se le pone azúcar, canela molida y un poco de jugo de limón o de otro ácido”⁽⁴⁰⁾.

Tal vez, con un poco de picardía, no sin cierta complacencia, Mellet daba a conocer una técnica colonial de galanteo y seducción, afirmando:

“El mayor gusto que se puede dar a las niñas, es invitarlas a beber esta sangría, medio por el cual el hombre puede seducir fácilmente al bello sexo”⁽⁴¹⁾.

Llama la atención entonces, al igual que lo hará en Lima, el frecuente consumo de bebidas dulces en la época, aunque en La Serena también se preparaban otras. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII,

(38) Ibid. pág. 94.

(39) Ibid. pág. 91.

(40) Ibid. pág. 92.

(41) Ibid. pág. 92.

siempre fueron representativas del Corregimiento el cultivo de las viñas, cuyo procesamiento surtía las necesidades de vino y aguardiente regional⁽⁴²⁾. A lo anterior, se agregan las anotaciones y documentos publicados por Manuel Concha en su *Crónica de La Serena*, mencionando bebidas similares a las preparadas en la capital del Virreinato del Perú.

En la misma forma que en otros lugares de América, las fiestas religiosas y civiles de La Serena, continuaron siendo importantes en la vida cotidiana hasta fines de la Colonia. Los documentos sobre gastos y ceremonias efectuados en homenaje a la Jura al trono de Fernando VI, indican que las corridas de toros, eran acompañadas de abundante consumo de vino en la plaza local. Igualmente, se repartían refrescos a los convidados y una “variedad de sazonados dulces y confites y de varias bebidas de sorbetes, aloja y chocolate, y por postre un cartucho de drageas y almendras y anices de a libra a cada uno”⁽⁴³⁾. Algo similar, arrojan las cuentas de gastos en homenaje a la exaltación al trono de Carlos III, anotándose:

“Por 25 ps. 2 rs. importe de 14 cajas de dulce, las 12 grandes a 2 ps. i las pequeñas a 5 rs. gastadas en dho. refresco. Por 16 ps. impte. de la traída de la nieve para lo dho. Por 60 ps. que se gastaron en dho. refresco en un fardo de azúcar con 8 arbs. comprados a don Antonio Pacheco para Ponches, Mistelas y Alojias y lo más necesario para dhs. licores ynclusos”⁽⁴⁴⁾.

Un historiador del Siglo XVIII, indica que las tertulias serenenses ofrecidas por familias de altos recursos demandaban, sus gastos, ya que junto a las mistelas, había que agasajar a los invitados con cacao, dulces de chancaca y los infaltables helados de verano⁽⁴⁵⁾. De esta forma, el azúcar y chancaca peruana, además del cacao ecuatoriano, servían de materia prima en las mesas y comidas locales.

(42) Baldomero Estrada *Los problemas de la fundación costera. Un caso en el Reino de Chile: San Bartolomé de La Serena*. Universidad de Chile, Sede La Serena. Edit. El Observador, 1979, Quillota. Eduardo Cavieres *La Serena en el Siglo XVIII*, Edic. Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica, 1993, Valparaíso.

(43) M. Concha, ob. cit., pág. 121.

(44) *Ibid.* pág. 135.

(45) Jorge Pinto *La Serena Colonial*, pág. 155, Edic. Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica, 1983, Valparaíso. El autor agrega respecto a la bebidas del siglo XVIII en La Serena, que el vino corriente, la chicha y el ponche, eran las bebidas alcohólicas del pueblo, mientras los grupos selectos consumían vinos de buena calidad y aguardiente refinado, a veces, de Cataluña (Ob. cit., pág. 237).

Las tertulias y fiestas públicas, entre ellas las lidias de toros, eran ocasión de acercarse al sexo opuesto. En estas oportunidades, como indica Manuel Concha, los varones aprovechaban también de efectuar el galanteo: "Las bandejas de helados y dulces que servían a las damas los más apuestos galanes, eran otros de los alicientes que hacían desear estas fiestas y prepararse de antemano para ellas"⁽⁴⁶⁾.

CONCLUSIONES

El deseo de contemplar y disfrutar de nuevos lugares, comparándolos con los ya conocidos y registrados en la memoria, fueron ciertamente actitudes muy comunes entre los numerosos viajeros europeos que visitaron América a fines de la Colonia y principios del periodo republicano. Pero, las miradas a la realidad dieciochesca y decimonónica, eran distintas entre el afuerino y el habitante local, ya que mientras éstos percibían el transcurrir de los días con la imagen de lo cotidiano, los otros lo hacían con la idea de la novedad.

En el caso de Julián Mellet y otros viajeros, las anotaciones sobre la cultura, aspectos sociales, carácter de los habitantes, costumbres y la impresión que van reteniendo de los núcleos urbanos, permiten establecer ciertas diferencias y semejanzas entre La Serena, Lima y Guayaquil. Un viajero en su condición de hombre y por el tipo de experiencias e intereses particulares que relata, muestran al mismo tiempo, aspectos de la historia social americana, reveladoras sobre la interacción de los sexos. Ya sea, deteniéndose en la descripción del mundo femenino o la forma de conquistarlo; donde el galanteo, la seducción y las bebidas, tenían una estrecha relación, de acuerdo al testimonio de Mellet.

(46) M. Concha, Ob. Cit., pág. 108.